

acompañarles, habiendo algunos que, apoyándose en los carros que los conducían, daban con su amargo llanto testimonio del dolor de que se hallaban poseídos. Se han visto mugeres de todas edades puestas de rodillas al pasar los presos, ofreciéndoles afectuosamente toda clase de refrigerios. Todos finalmente se afanaban por poder tocar sus vestidos, dando á impulsos del dolor tales gritos, que su resonaba en los montes vecinos. Un bachiller, llamado Tching-sieou, tuvo el descaro de ponerse al frente de aquella numerosa turba para exhortarla, diciendo entre otras estas palabras á los presos: «Tened presente que es por Dios por quien padecéis.... Ni la misma muerte sea capaz de doblegaros.» Esta exhortación produjo un efecto tal sobre los ánimos, que á pesar del rigor de los exámenes y del terror de las amenazas, cuando llegó el caso de su sentencia todos respondieron unánimemente: «Estamos decididos á conducirnos con firmeza: jamás cambiaremos de Religión.» Entre estos criminales hay algunos que convierten sus casas en asilos secretos de esos europeos rebeldes, que tienen el talento de atraerse y captarse estrechamente los corazones, y que desde hace mucho tiempo están abusando de la credulidad de gran número de personas á quienes no tenemos ya ninguna esperanza de poder desengañar. ¿Quién en todos esos rasgos no echa de ver el espíritu de rebelión, tanto mas pernicioso cuanto mas oculto? Esta es la razón porque condenamos con arreglo á nuestras leyes al dicho Pe-to-lo á ser decapitado, sin que para su ejecución se espere que llegue el tiempo ordinario de los suplicios; y á la misma pena condenamos á los otros cuatro europeos, compañeros suyos, entendiéndose que la sentencia de estos se ejecutará en el tiempo ordinario. Igualmente condenamos á Ko-hoei-gin á ser ceo daahor el tiempo ordinario. Algunos de los cristianos seran únicamente marcados en el rostro: otros sufrirán cierto número de palos

en proporción á la calidad del delito de cada uno. Los que quieran redimir esta última pena podrán hacerlo.»

Al mismo tiempo que en Fo-kien se daba esta sentencia, se espedían á todas las demas provincias órdenes secretas para descubrir á los europeos que enseñaban la Religión del Señor del cielo, y para abolir esta santa Religión que ellos calificaban de secta perversa. Estas órdenes fueron mas ó menos fielmente ejecutadas, segun el sentido que los gobernadores les daban al comunicárselas á sus inferiores. En muchos lugares estalló el furor de los idólatras sobre todo lo concerniente á la Religión: nada pudo escaparse á su vigilancia sacrilega, y la mayor parte de los templos fueron destruidos hasta los cimientos. Entre los cristianos que se vieron arrastrados ante los tribunales, hubo no pocos que se mostraron firmes é invencibles en su fé; y el fervor condujo á varios de ellos á presentarse espontáneamente á los mismos mandarines para tener ocasión de sufrir por ella. Sin embargo, no todos los cristianos de la China mostraron, ni con mucho, un tan laudable celo. Hubo en diversos puntos varios que reprobaron vergonzosamente su fé y la abandonaron cobardemente, y no faltaron cristiandades donde el mayor número de individuos firmaron los actos de apostasia. Mucho trabajo costó á la mayor parte de los misioneros hallar un asilo para sustraerse á la persecucion. Así es que, varios, viéndose rechazados por todas partes, tomaron el partido de pasar aquellos aciagos dias metiéndose en una barca y atravesando rios y lagos, y otros se aventuraron á hacer el viaje á Macao.

Entre estos últimos se cuenta el P. Babrier, venerable septuagenario. Al arribar de noche, á fin de burlar la vigilancia de los cuerpos de guardia chinos, rompió contra unas rocas el barquichuelo que le conducía. Trepó en seguida como pudo en la profunda oscuridad de la noche á una escarpada mon-

taña, y envió al rayar el dia su barquero con el mayor secreto á buscar vestidos europeos. De allí á poco llegó De-Martillat, obispo de Ercinea, que habiendo tenido que comparecer ante un tribunal fué rudamente maltratado, y en pos de él llegó al mismo asilo Verthamon, á quien todos sus cristianos habian abandonado. Tambien llegaron los PP. Tchifoni y Mationi. Este último se habia refugiado en la misma casa que servia de asilo al P. Beuth, que desgraciadamente fué presa de las llamas durante la noche, por cuya razón se vieron obligados á salir de ella, y se encontraron con un mandarin que al resplandor de una luz los reconoció por extranjeros. El P. Beuth, que se hallaba debilitado por una enfermedad de mucho tiempo, no pudo huir, pero sí su compañero; mas obligado á detenerse para descansar, fué visto por una tropa de soldados: hizose entonces el dormido, y los soldados le despertaron: mas el Padre no respondió á lo que le preguntaban mas que con contorsiones, como si estuviera padeciendo horribles dolores. Sin embargo, uno de los soldados, conociendo por su rosario que era cristiano, propuso que se le llevara á la habitacion de un fiel, que estaba cerca de aquel sitio; hicieronlo así, y al llegar á la casa del cristiano chino, le dijeron: «Ahí tienes un hombre de tu Religión que está padeciendo; cuida de él.» El mandarin que arrestó á Beuth usó tambien con este Padre de las mayores consideraciones. Tratándole simplemente como á un comerciante extranjero, se contentó con mandarle conducir á Macao. Desgraciadamente el mandarin de Hyang-chan, inmediato á Macao, hizo detener al Padre y le dejó varias horas expuesto á los insultos del populacho que le cargaba de injurias, acusándole de no respetar á sus padres, de arrancar los ojos á los moribundos y de matar á los párvulos para confeccionar sortilegios con sus cabezas. No contentándose aquella turba feroz con insultos, pasaron á las obras arrancándole al Padre los cabellos

y la barba, y haciéndole sufrir toda clase de oprobios. Por último, el mandarin hizo desplegar á sus ojos los látigos y demas instrumentos de tortura, y despues de haberse desatado en toda clase de injurias y blasfemias, le dijo: «¿Es cierto que te has llegado á persuadir que no te conocemos? Tú eres un europeo que has venido aquí á predicar la Religión cristiana.—Es verdad, replicó el P. Beuth.—¿Y qué es lo que viene á ser el Dios que nos quieres hacer adorar?—Es el Dios que ha criado el cielo y la tierra.—¿Insen-sato! replicó el mandarin: ¿por ventura el cielo y tierra han sido criados? Dénle diez bofetones.» Ejecutada que fué esta orden injusta y bárbara, trazó el mandarin con un pincel las dos letras chinas que espresan el Santo Nombre de Jesus, y se las hizo presentar al P. Beuth, preguntándole lo que significaban. El Padre respondió que aquello era el Nombre de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se hizo Hombre para salvarnos. «Dénle otros diez bofetones,» gritó el mandarin, procurándole de este modo al misionero la gloria de sufrir directamente y de una manera del todo especial por el Santo Nombre de Jesus. Despues de otras varias contestaciones y otras descargas de bofetones sobre este venerable rostro, que al fin se hinchó horriblemente, el mandarin remitió su víctima á Macao, diciéndole que le eximia del castigo de la paliza. El P. Abormio, despues de haber sido arrastrado de calabozo en calabozo, fué tambien conducido á esta ciudad. Habiendo sido este Padre arrestado en Chan-si los soldados le maltrataron á bofetones, saquearon su equipaje y dieron muerte á su criado. Habiendo sabido el mandarin que el misionero trataba de quejarse á la autoridad por estos atentados, se trasladó á la prision, dió satisfacciones al Padre y prometió ponerle en libertad. Pero los tribunales, deseando tomar un amplio conocimiento del asunto, mandaron comparecer al preso. Siguióle el mandarin, suplicándole

no le promoviera ningún mal lance. El P. Abormio estaba lejos de querer tomar del mandarín una venganza que no podía ser de ninguna utilidad para la Religión; pero este, resuelto á librarse de cualquier modo que fuese de la acusación que temía, formó el inhumano proyecto de hacer morir secretamente al P. Abormio en la prisión, y encargó á un soldado que lo ahogase con papel mojado. Así se hubiera hecho á no haber intervenido un chino de distinción que se hallaba preso para toda la vida en el mismo encierro y que debía al Padre la inapreciable ventaja de haber adquirido el conocimiento de la verdadera Religión. Habiendo llegado á noticia de este la orden secreta del mandarín, le hizo saber que si el misionero llegaba á morir en la prisión, él se lo escribiría á uno de sus parientes que gozaba de gran favor en la corte. Resentido el mandarín de ver desconcertados sus planes, se vengó mandando atar con cadenas los prisioneros á la pared de un calabozo bastante estrecho, de manera que ni les era posible estar de pie, ni sentarse, ni moverse, y en esta posición los tuvo por espacio de mes y medio. Durante este tiempo los presos, que el P. Abormio había convertido y bautizado en número de cinco, no cesaban de bendecir á Dios y cantar sus alabanzas. Por último, determinó el tribunal que el misionero fuese remitido á Macao. En el camino no dejó un solo día de predicar, y como hablaba muy bien el chino, varios mandarines quisieron oírle y le convidaron á su mesa. Mas de una vez pasó la mayor parte de la noche disputando con letrados gentiles, y algunos le prometieron ocuparse en examinar la Religión cristiana. El único mandarín que le maltrató en el camino fué el de Hyang-chan, que era el mismo que poco antes había tenido tan mal comportamiento con el P. Beuth. Hé aquí una parte del diálogo que tuvieron durante la audiencia. El mandarín le preguntó: «¿Eres chino ó europeo?» — El P. con-

testó: «soy europeo.» — «Mientes: tú eres tan chino como yo mismo: he conocido á tu madre en Hou-quang, y por más señas la deshonré. Déle diez bofetones á este embustero por haber negado su patria.» — Después de los bofetones volvió el mandarín á tomar la palabra: «Dime, ¿cuál es tu religión?» — «Yo adoro al Señor del cielo.» — A lo que contestó el mandarín: «¿Pues qué, hay algún Señor del cielo? No, no le hay. Tú no sabes lo que te dices con tu Señor del cielo.» — «En una casa, replicó el misionero, ¿no hay un jefe de familia? ¿en el imperio un emperador? ¿en el tribunal un mandarín que preside? Pues asimismo el cielo tiene un Señor, que al propio tiempo es el árbitro de cuanto existe.» En vista de estas contestaciones, el mandarín le mandó aplicar dos veces el tormento, después de haberle maltratado á golpes.

El P. Neuvialle llegó también por este tiempo á Macao, aunque es verdad que no era la persecución la principal causa que le obligaba á retirarse, pues se había visto obligado á venir á hacerse cargo de los asuntos de la misión, afligida con la pérdida que acababa de sufrir aquel mismo año de varios de sus mejores sujetos, como el P. Hervien, superior general; el P. Chaliér, sucesor suyo, que falleció á los pocos meses; el P. Beuth, que solamente dos meses sobrevivió á sus desgracias, y el joven P. de San Andrés, que por medio del estudio de la teología se iba preparando á trabajar muy en breve en provecho de las almas.

No se omitió medio alguno para descubrir al P. Lefevre, que hacía tres días había salido de la provincia de Kiang-si para pasar á la de Kiang-nan cuando fueron á arrestarle. Cogieron y saquearon cuanto encontraron, y después de haber confiscado la casa en que habitaba, la destruyeron. Habiendo hallado entre sus efectos unos cirios de cera blanca, creyeron los ministriles del tribunal que esta-

ban hechos de grasa humana; pues allí no se conoce el modo de blanquear la cera. Una acusación de tal naturaleza, por absurda que fuese, podía atizar más y más el fuego de la persecución, por lo cual algunos cristianos celosos se apresuraron á dar dinero para que el tribunal no llegase á tomar conocimiento de ella. No es muy difícil en aquel país conseguir mediante dinero la buena disposición de los tribunales subalternos, y obtener las sentencias que se desean, pues además de la natural codicia de los chinos, reina una grande impunidad en los tribunales, porque el pueblo apenas puede elevar sus quejas á los mandarines superiores.

En la cristiandad de la montaña de Moupouan-chan, donde los fieles, separados del comercio de los gentiles eran una verdadera imagen de la primitiva Iglesia, también ejerció el infierno sus crueldades: pusiéronse en juego torturas, palizas, prisiones y todo género de malos tratamientos, de modo que el P. La Roche se vió obligado á buscarse un asilo en medio de las selvas. El P. Du Gad tuvo también que huir, y antes de poder encontrar donde refugiarse, anduvo errante mucho tiempo por los ríos y lagos. Finalmente, pudo llegar al retiro del P. Neuvialle, que era el refugio y consuelo de todos los misioneros de las inmediaciones. Las hermosas cristiandades de Kiang-nan se resintieron menos que las demás de las turbulencias y vejaciones, porque eran tan numerosas que en sus tribunales había muchos cristianos que paralizaban por sí mismos las órdenes que mandaban hacer averiguaciones, ó avisaban antes de ejecutarlas, á fin de que los demás cristianos las pudiesen sofocar á fuerza de dinero.

La ciudad de Macao, aunque enteramente sometida á los portugueses, no pudo librarse enteramente de la persecución. El feroz mandarín de Hyang-chan se trasladó á esta ciudad la víspera de Pascuas de 1747, y se detuvo cerca de la pequeña iglesia en que se bautiza-

ban los catecúmenos chinos; el senado compuesto de tres presidentes y doce consejeros pasó á visitarle. El mandarín exigió que se cerrara la iglesia en presencia suya; pero el senado respondió que los cristianos no podían poner en ejecución semejante orden, y que la iglesia no pertenecía á los Chinos sino á los portugueses. El mandarín insistió, diciendo que por lo menos le entregaran la llave de la iglesia para cerrarla por sí mismo. Esta llave estaba en poder del P. Lopez que se negó rotundamente á darla protestando que prefería dar su cabeza. Una respuesta tan enérgica llenó de admiración al mandarín, quien se contentó con fijar un edicto por el cual prohibía servirse de aquella iglesia, y se retiró al momento temiendo sin duda un motín por parte del pueblo.

Por lo que hace á la capital del imperio, apenas se promulgó el edicto de proscripción cuando ya principiaron á incomodar á las cristiandades de las inmediaciones. Aunque los cristianos pasaban por muy firmes en la fé, hubo sin embargo muchos, que en vista de los peligros que les amenazaban apostataron: otros se sostuvieron intrépidamente en medio de los martirios, de la pérdida de sus bienes y empleos, y de la ruina de sus propias familias. Las cruces y demás señales de su piedad fueron profanadas y quemadas, y habiendo algunos declarado que las habían recibido del P. La Rocha, fué citado este ante el gobernador de Pekin, y no tuvo reparo alguno en confesar que era cierto. En vista de esto el gobernador formuló una acusación contra dicho Padre y se la presentó al emperador, preguntándole á qué pena debería condenarlo. Pero el emperador contestó que le perdonaba, y nombró al mismo tiempo dos magnates de su corte para que protegiesen á los europeos que se hallaban en su capital: protección, sin embargo, que no podía menos de ser muy ambigua, y no hubiera sido prudente confiar mucho en ella. Sin embargo, para no omitir cosa alguna que pudiese servir en

defensa de la Religion, los europeos redactaron una Memoria, que pusieron en mano de los dos protectores para que la entregasen al emperador; mas estos patronos, no muy afectos sin duda á sus elientes, fueron retardando el asunto, de manera que dieron lugar á que el príncipe saliese de la capital para un viaje de cerca de dos meses. Finalmente, un poco antes de su regreso convocaron una asamblea á la cual llamaron á todos los misioneros residentes en Pekin. El mas ilustre de aquellos dos chinos, llamado Né-kong, primer ministro y favorito del emperador, abrió la sesion con un discurso vago, que por lo general no se referia mas que á tratar de cosas de Europa y á las divisiones de sus diversos Estados. El P. Gaubil se los hizo ver en un atlas. Né-kong se puso en seguida á exagerar las atenciones y bondades del emperador para con los europeos, y por último, demostró lo poco que habia que contar en su proteccion, preguntando cómo habia de atreverse á presentar al príncipe un escrito en que se trataba de proponer que fuese aprobada la Religion cristiana. Dejéronle hablar cuanto quiso á fin de conocer con toda claridad sus intenciones. Cuando concluyó su discurso, el P. Gaubil tomó la palabra y la usó dignamente durante un tiempo considerable. El chino no quiso contestar al razonamiento del P. Gaubil, y volvió al tema de las bondades del emperador para con los europeos añadiendo que si los colmaba de beneficios no era ciertamente porque necesitase de sus matemáticas, pinturas ó relojes, sino únicamente por magnificencia de su corazon, capaz de abarcar toda la tierra. Algunos misioneros volvieron á reproducir varias de las razones alegadas por el P. Gaubil, y hasta el mismo segundo protector quiso traerle al terreno de la cuestion principal; pero Né-kong le impuso silencio con un gesto, y terminó la conferencia ofreciendo á los europeos toda clase de servicios, y aconsejándoles que se presentaran todos al emperador al regreso de su viaje. En efecto, no se descuidaron en hacerlo, cuando á fines de noviembre de 1746 regresó el príncipe á la capital.

Antes del viaje, los PP. de Pekin habian encargado al hermano Castiglione, pintor italiano, singularmente apreciado del emperador, que aprovechase la primera ocasion que se presentase para hablarle. Este partido no dejaba de tener sus peligros, pues aunque este hermano y otros dos pintores jesuitas veian con mucha frecuencia al emperador, no les era licito hablarle de asuntos, á menos de ser preguntados: y por otra parte, tentar este camino, era tambien chocar con los grandes que habian mostrado resentirse, siempre que de él habian querido servirse los Padres. Asi pues lo único que se recomendó al hermano Castiglione fué que implorase con dos palabras la clemencia del príncipe. No tardó en presentarse ocasion para ello, pues al día siguiente, le mandó llamar el emperador para darle el diseño de una nueva pintura. Luego que el hermano compareció en su presencia se puso de rodillas y le dijo: «Suplico á V. M. se compadezca de la Religion desolada.» Al oír estas palabras el emperador, cambió de color y no respondió nada. El hermano, imaginando que no habia sido oído, volvió á repetir las mismas palabras, y entonces el príncipe contestándole, dijo: «Vosotros sois extranjeros, y no conocéis nuestras costumbres. He nombrado dos grandes de mi corte para que cuiden de vosotros en estas circunstancias.» Este mismo hermano volvió á tener otra conversacion mas larga que la primera, y fué el monarca quien dió lugar á ella, preguntando con motivo de la enfermedad del P. Chalier, si tenian esperanza de conservarle la vida. El hermano contestó, que era muy poca la esperanza que tenian. — «¿No teneis entre vosotros algun médico europeo?» — «No lo tenemos.» — «¿Y por qué?» — «Porque es muy difícil hacerles emprender un viaje tan largo; pero tenemos dos cirujanos inteligentes

en su profesion.» — «Es mas facil ser hábil en la cirujía, porque las enfermedades en que se ocupa son exteriores. Pero, dime: ¿los cristianos rogais á Dios por el enfermo? ¿Le pedís que le cure?» — «Si señor, todos los días se lo rogamos.» — «¿En qué, pues, consiste que no lo lograis?» — «Nuestro Dios es omnipotente: bien pudiera concedérnoslo, si esa fuese su voluntad; pero acaso valdrá mas que no suceda así, y nosotros respetamos con resignacion sus altos designios.» — «Dime otra cosa: ¿los cristianos temen la muerte?» — «Los que han vivido bien, no la temen; pero aquellos que no lo han hecho así, la temen mucho.» — «Pero ¿cómo puede saberse si se ha vivido bien ó mal?» — «Se sabe, respondió el hermano, por el testimonio de la conciencia.»

Entretanto, la sentencia de muerte contra los cinco misioneros y el catequista, habia llegado á Pekin para la aprobacion, y el virey de Fo-kien, que se envanecía de ella como de una obra propia, habia venido tambien á la capital para defenderla. Las conferencias que el emperador habia tenido con el hermano Castiglione, y el honor que habia dispensado al P. Chalier enviándole su primer médico, hacian presumir que las cosas no se llevarian con el mayor rigor. Sin embargo, sucedió todo al contrario: el tribunal del crimen aprobó la sentencia en todas sus partes, y habiéndola pasado nuevamente al emperador, este príncipe la confirmó en 24 de abril de 1747, en los términos siguientes: «Y mandamos que sin dilacion alguna le corten la cabeza á Pe-to-lo: aprobamos la sentencia dada contra Hoa-kin-chi, Hoang-tchin-te, Hoang-tching-houé, y Fei-jo-yong, que han de ser decapitados; aprobamos la sentencia dada contra Ko-hoei-gin, que ha de ser ahorcado. Queremos que estos esperen en la prision hasta el fin de otoño, y que en seguida sean ejecutados. Confirmamos la sentencia de los mandarines en todo lo demas.»

Cuando esta sentencia llegó á Fo-kien, un sacerdote chino habia anunciado ya la confirmacion de ella al obispo y á los demas presos. Algunos cristianos facilitaron al venerable prelado hábitos dignos de su triunfo; habiéndose los vestido, abrazó á sus amados compañeros de prision, tomó en su compañía algun refrigerio, y se presentó al mandarin que habia de pronunciar el decreto de su suplicio y presidir la ejecucion. En la audiencia repitió que moria en defensa de la santa y verdadera Religion, con la firme confianza de aquel mismo día seria su alma colocada en la mansion de los bienaventurados. Añadió además, que rogaria á Dios mirase con compasion á la China, y la ilustrase con las luces del Evangelio: «Yo quiero, dijo por último, ser en él cielo el protector de este imperio.» Despues de haberle leído la sentencia de muerte, le ataron al prelado las manos á la espalda, y le pusieron un cartel en que se leia que habia sido condenado á la decapitacion, por haber trabajado en pervertir al pueblo con una mala doctrina. En este estado fué conducido á pie al lugar del suplicio, rezando oraciones durante todo el tránsito, con un rostro sereno é inflamado en el amor de Dios. No era poca la admiracion de los infieles al verle, ni se podian cansar de contemplarle. Llegó por fin la fúnebre comitiva al lugar en que acostumbraban hacerse las ejecuciones: el verdugo advirtió al obispo que se pusiera de rodillas, lo cual hizo al momento, rogando que le concedieran un instante para concluir su oracion. Levantóse despues de haberlo hecho así con un rostro radiante de alegría, y profirió estas palabras que fueron las postreras: «Voy al cielo.» Entonces el sayon, quitándole con la mano derecha el bonete que tenia en la cabeza, le decapitó de un solo golpe con la izquierda, á las cinco poco mas ó menos de la tarde del día 26 de mayo de 1747. Los cristianos lavaron su cuerpo, envolviéndole honoríficamente en varias telas de seda, y poniéndolo en un ataúd,